

LIBROS Y REVISTAS

BIBLIOGRAFIA, CRITICA, NOTICIAS LITERARIAS, CIENTIFICAS Y ARTISTICAS



AÑO I

LIMA, SEPTIEMBRE DE 1926

NUM. 3

INTERVIEWS DE "LIBROS Y REVISTAS"

CON MANUEL BEINGOLEA

—He leído y he escrito mucho, dice Manuel Beingolea. Tengo algunas cosas inéditas, lo demás ha sido publicado en los periódicos y revistas. Ahora sigo escribiendo. Esta enfermedad es incurable y escribiré siempre, siempre..... aunque un día tal vez deje de hacerlo. Todo lo que he escrito me parece malo, sencillamente porque todo lo que he escrito me ha hecho mal.

—Y corrige usted sus artículos, pule su prosa?

—Nunca he podido hacerlo. Las necesidades de la vida, la inquietud, la lucha silenciosa y constante..... Pues en el aislamiento y en la soledad, hay que luchar incansable y desesperadamente. Ahora vivo en compañía de una hermana mía. Hago lo posible por alejarme de todo: de la orquestación bataclanesca de la urbe y de la orquestación monótona y eterna del mar. Quiero buscar la paz en el alejamiento, pero no es posible: la lucha existe donde existe el pensamiento: Descartes dijo: pienso, luego existo; se puede también decir: luchó, luego existo. Esta lucha, pues no me deja pulir lo que escribo ni embellecer lo que produzco, si no nace perfecto y bello por si solo. Le decía que he escrito mucho, pero no he expresado lo mejor de mi espíritu. Me falta, sé que me falta la fuerza y la constancia para hacerlo. Algunas noches se me ocurren ideas de las más interesantes, tengo a veces emociones maravillosas pero no he podido nunca levantarme de la cama para tomar apuntes, y al siguiente día todo se ha desvanecido del cerebro como el éter de un frasco testapado.

—¿Cree usted que es digno de atención el movimiento literario llamado vanguardista?

—Es atributo de toda juventud auténtica, la inconformidad con las cosas establecidas y el ansia impetuosa de toda libertad. Creo que es muy interesante y digna de respeto esta manifestación de inquietud. En mi iniciación también, un grupo de jóvenes con las espaldas vueltas al pasado marchamos en busca de nuevas bellezas y quisimos abrir nuevos caminos. En mi tiempo y en tiempos anteriores a mí el cuento era en nuestra literatura casi desconocido y cuando más, se desarrollaban vulgares argumentos, engolada la voz y el gesto solemne. Yo quise, poner en los asuntos menos solemnidad y más delicadeza. No sé si lo haya logrado.....

Yo afirmo que sí y con toda maestría. Algunos de los cuentos de Manuel Beingolea, tienen junto con la inventiva acabada de la ironía y sutileza de los grandes cuentistas, la penetrante y acertada observación sicológica del alma de nuestras gentes. Por eso mi admiración hacia él.

—Creo que entre los poetas nuevos, me dice, hay verdaderos valores. Claro que el no creer en muchos de ellos, porque son falsos y tienen que disimular su impotencia con palabritas de última hora es distinto a negar la poesía nueva, producto de un estado de ánimo distinto al de las épocas pasadas. En todos los tiempos vinieron a la vida nuevas manifestaciones de arte que tuvieron incontables intérpretes. Pero pocos llegaron a decir la verdad..... porque hoy y siempre muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Le hablo de sus cuentos. De aquel célebre cuento "La devoción del bizcochero". Me dice que es al que menos consideración le dá y me pide que al escribir sobre lo que hablamos, no deje de hacer esta aclaración.

—De los cuentistas extranjeros, prosigue, por Guy de Maupassant, tuve una gran admiración, pero que ya ha fallecido. Wilde

ha sido hasta ahora uno de los artistas que más atención ha despertado en mí. Sobre él he escrito muchísimos artículos. Es sin duda el artista más fino y elegante de Inglaterra: Genio por su inteligencia y genio por su vida.

Al despedirnos me dice: no diga usted algunas cosas que le he dicho..... porque no interesan y además porque dentro de media hora, cuando haya llegado al Barranco, pensaré de distinta manera, con ese aire, con ese cielo y con las excitaciones salobres del mar.

Armando BAZAN.

CIRCULOS VIOLETA

Humareda de angustia hasta ahogar las lágrimas de las estrellas.

Caminaba por el camino sin direcciones, estremecida por los fantasmas de la neurastenia.

Y es que en el fondo de las entrañas, con un chisporroteo tenue, sintió el hervor de una vida que no era la suya.

AMOR

Pero es que el Amor encierra la única razón del Hijo?

Ya debiera encenderse dos ojos profundos la ceguera criminal de la Naturaleza.

Para qué?

Día a día, como un puñal que penetrara en una roca, se le clavaba la interrogación.

Para qué?

Todas las noches mirándose en el espejo de su carne—fatigada y enferma por el proceso lento, se le apretaba el corazón.— Y hubiera querido, con el espíritu de rodillas, amanecer como si fuera todo un sueño.

PARA QUE?

Le quemaba el hierro de la pregunta.

Sus pulmones mordidos por la tuberculosis, su soledad, su vida sin objeto, vagabunda en la vastedad hostil de la tierra.

Para qué pues el hijo? La prolongación de las lágrimas mudas del abandono, del extravío? La prolongación de las miserias del mundo!

Y la negación rotunda no le rasgaba las entrañas.

Todos los días hervía un poco más aquel fermento del acoso.

De sus ojos brillantes y lánguidos salía a bailarle en las ojeras y en la cara extenuada.

Y en verdad sentía como si llevara en su vientre todo el dolor de la humanidad.

Los fantasmas de la neurastenia le hundían sus dedos en las celdillas del cerebro.

En sus ojos empezaron a inmovilizarse los paisajes más rojos.

Cuando llegó la Hora, cayeron sobre sus pupilas los telones de la indiferencia.

Le miró curiosamente — como a una muñeca de biscuit.

Tenía claridad de aurora en las pupilas, y las carnes suavemente rosadas. — Era una niña.

Lloraba — estremeciendo la dulce masa de su carne.

Le envolvió en unos trapos y se echó a andar por las calles — como siempre no llevaba dirección.

Al fondo divisó en su mole blanca, el Hospicio de Huérfanos— Retrocedió.— Incubador de esclavos y de asesinos.

Caminó en sentido contrario.— La masa negra del río, tan profunda y tan negra, que parecía inmóvil, copiaba el panorama del cielo.

Le miró largo rato recostada en un árbol.

Después envolvió a la niña en su amplio abrigo, y sencillamente la arrojó.

El río se abrió en un punto para dejar pasar a la huésped—y se volvió a cerrar.

Solo un instante se quebraron las estrellas en sus ondas revueltas.

La MADRE tomó el regreso a su posada — bañada de indiferencia.—

Se insinuaba la aurora—como en los ojos de la niña.

Todos los pájaros lloraban.

Magda PORTAL.

(De "El Derecho de Matar").

¿ PARA QUE ?

Cincelaba versos como joyas. Joyas que latían, joyas vivas; con dragones de orfebre en el engaste, y con flores; con garfios, y con alas. Y todo en oro puro.

Los versos eran del color de sus días: versos de berilo, trovas de amatistas, cantos de rubí; alaridos, arrullos y oriflamas; profundos como el pensamiento del amado; claros como la paz.

Un día enmudeció.

—¿Por qué no cantas? le dijo alguno.

—Porque no tengo amor.....

Corrieron días, y rodaron años. La fe pasó.

—¿Por qué no escribes? la iquierieron.

Y entonces la cuitada exhaló en un suspiro su verdad:

—Porque ya no tengo ni dolor.....

Y aun otra vez más la torturaron con la pregunta indiferente y cruel. Fué la última.

Y ella, con risa desgarrada, no contestó sino esto:

—¿Para qué.....?

Sor FOLIE.

EL LIBRO DE LA NAVE DORADA

PALABRAS PROLOGALES DE ANTONOR ORREGO

CÁTEGORIA ESTÉTICA

Para comprender en su cabal significado la categoría estética de este libro es preciso advertir que estas páginas corresponden solo a la primera etapa de la vida del poeta. Es la voz del niño que revela el primer estupor virginal ante la vida que irrumpió en su corazón. La pupila se emborracha de luz y de color y su sensibilidad se pasma ante el milagro de la forma. Se diría un pintor o un escultor que canta. La forma, he ahí el camino por donde el poeta llega al Conocimiento, a su conocimiento del mundo. Su estética es una estética formal; una estética del volumen y de la extensión concreta. Una expresión griega, parnasiana, apolínea, gráfica, si cabe.

Es difícil encontrar una mirada que persiga con tan fina voluptuosidad el ritmo de la línea, del contorno, del trazo objetivo y casi tactil de las cosas. No es la fría y monótona descripción que fatiga a fuerza de detalle. Una palabra, un adjetivo, una frase le bastan para entregarnos palpitante de luz el esplendor estético de la forma.

Pero no es esa voluptuosidad intelectual y fría del parnasiano que no traspasa el sobrevalor o la percepción externa y visual de las cosas. Es un alma temblante y efusiva que se sirve de la forma como un instrumento o símbolo de su pasmo lírico. La forma es sólo una metáfora de la realidad y por eso el poeta metaforiza con ella sus más profundos estados anímicos, hasta tal extremo que alcanza a veces a "formalizar" emociones abstractas. Tiene del parnasiano el amor acendrado de la línea, del color y de la luz; y tiene del lírico el pasmo y estremecimiento dionisíacos. Rara vez se han concordado tanto la forma y el contenido.

ULTIMAS PUBLICACIONES

Comentarios al nuevo CÓDIGO PENAL por el Dr.

Angel Gustavo Cornejo

LOS GOBIERNOS DE
Inglaterra, Francia y Estados Unidos, por
Lawrence Lowell
y el Dr. Manuel Vicente Villarán

LIBRERIA FRANCESA CIENTIFICA

F. y E. ROSAY

Calle de La Merced

636 y 634

dado estas dos aptitudes que parecen divergentes y exclusivas entre sí. El poeta es la unidad viva y la armonización integral de ambas. Es la ecuación resuelta de los dos términos que con frecuencia se antagonizan y se niegan.

Es el poeta del sueño de Maya, pero como manifestación humanizada del Espíritu y de las Esencias. No la forma "per se", aislada, la forma por la forma misma, sino el esplendor musical de la forma como traducción, como estado transitivo, como mediatización del ser y del pensamiento en sí. En esta poesía la forma no devora al espíritu sino que le sirve de vehículo revelador.

Este equilibrio le imprime precisamente su carácter singular, su categorización estética. Mientras que para otros la forma lo es todo, para él es una manera de acercarse a la esencia, un simple camino de conocimiento. Así la forma no es una cosa muerta, petrificada y definitiva; es un instrumento, un vehículo y una revelación de la vida. Detrás del sueño de Maya, del fenómeno, están el número y las esencias puras. Es el misticismo de la forma aunque se crea paradógico.

En el pensamiento vulgar sin hondura metafísica y trascendente, la forma se desplaza de su ejercicio funcional, de su fin cósmico, hasta hacerse negativa y ciega. Es el materialismo estético de cierto arte que no comprende que la realidad concreta es una simple metáfora. Este es el parnasianismo que destacó el valor decorativo como valor estético supremo. Es el positivismo literario, que corresponde a ese positivismo científico y filosófico que no acepta más instrumento de conocimiento que la experiencia. Nunca se estrechó y se rebajó hasta tal grado el espíritu del hombre que en el ciclo del positivismo; que desechó tanta luz y tantas revelaciones vitales. Fué el otro extremo del racionalismo idealista que nos escamoteó la realidad objetiva hasta considerarla como una alucinación.

Pero históricamente ambos han sido necesarios para que sea posible la realización de una armonía vital en el espíritu del hombre.

CRONICA DE LIBROS

MIGUEL DE UNAMUNO

"L'agonie du Christianisme"

F. Rieder et Cie.—Paris.

Lo primero que nos recuerda este último libro de don Miguel de Unamuno es que su autor no es solo filósofo sino también filólogo.

Unamuno es un maestro en el arte de animar o reanimar las palabras. La palabra "agonía", en el ardiente y viviente lenguaje de Unamuno, recobra su acepción original. Agonía no es preludio de la muerte, no es conclusión de la vida. "Agonía — como Unamuno escribe en la introducción de su libro — quiere decir lucha. Agoniza aquel que vive luchando; luchando contra la vida misma. Y contra la muerte".

El tema del libro de Unamuno no es el tramonte del cristianismo, sino su lucha. Tiene Unamuno una inteligencia demasiado apasionada, demasiado impetuosa, para oficiar hieráticamente la misa de requiem de una decadencia, de un crepúsculo. Unamuno no se sentirá nunca acabar en ningún *untergang*. Para él la muerte es vida y la vida es muerte. Su alma, llena al mismo tiempo de esperanza y de desesperanza, es un alma que, como la de Santa Teresa, "muere de no morir". Es el propio Unamuno quien evoca la frase de la agonista de Avila. La frase, nó; la agonía. ¡Morir de no morir! ¿No es ésta también la angustia de nuestra época, de nuestra civilización? ¿No es este también el drama de Occidente? ¿Por qué nos parece tan terriblemente actual este grito agónico, esta frase agónica, esta emoción agónica? Un poeta surrealista francés, Paul Emile Eluard, — poeta de la nueva generación — ha escrito últimamente un libro con este título: "Mourir de ne pas mourir". Otra alma agónica, como la de Unamuno, se agita en este libro. Pero esta constatación nos mueve a la de que el sabio sexagenario de Salamanca y el poeta surrealista de París coinciden en Santa Teresa. Y en esto no es posible no ver un signo. Unamuno tiene algo de iluminado, algo de profético. En su pensamiento se descubre siempre alguna vaga pero cierta anticipación del porvenir. Varios años antes de la guerra, cuando el Occidente se mecía aún en sus ilusiones positivistas, cuando el espíritu de Sancho parecía regir la historia, Don Miguel de Unamuno predicó el evangelio de Don Quijote. Entonces el mundo se creía lejano de un retorno al donquijotismo, de una vuelta al romanticismo. Y el evangelio de Unamuno no fué entendido sino por unos cuantos alucinados, por unos cuantos creyentes. Mas hoy que por los caminos del mundo pasa de nuevo el caballero de la triste figura, son muchos los que recuerdan que el filósofo de Salamanca anunció su venida. Que el maestro de Salamanca presintió y auguró una parte de esta tragedia de Europa, de este "Untergang des Abendlandes", de esta agonía de la civilización occidental.

"Lo que yo te voz a exponer aquí, lector, — dice Unamuno en su libro — es mi agonía, mi lucha cristiana, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada instante de mi vida". ¿Qué es el cristianismo, según Unamuno? Unamuno afirma que

Esta armonía se ha producido estéticamente, en esta poesía casi infantil por el vigor y la frescura de su visión, en que el espíritu va hacia la forma y la forma va hacia el espíritu.

En César Vallejo, la categoría estética es la virginización técnica del verbo para que se adapte a la virginidad de su visión. En Alcides Spelucín, la realidad estética categórica es la virginización formal de las cosas, o mejor, la virginización funcional de la forma que está siempre petrificada y yerta para el ojo vulgar. Por eso, mientras el uno es un revolucionario de la retórica, el otro es un revolucionario del significado vital de la forma, como presencia real y objetiva. Y es curioso constatar, que mientras el revolucionario de la forma estética deja intactas las formas de la realidad objetiva; el revolucionario de la representación funcional de las formas objetivas deja intactas las formas tradicionales de la estética.

He aquí dos puertas por donde es posible vislumbrar, tal vez, el destino remoto, pero inexorable y fatal, de una América, hermética

Cristo vino a traernos la agonía, la lucha y no la paz. Y nos remite a las palabras del Evangelio en que Jesús nos dice que no trae la paz sino la espada y el fuego. Invocación en la que tampoco está solo. Nunca han parecido tan vivas como hoy estas palabras de Cristo. Giovanni Gentile, filósofo de la violencia, mítite del fascismo, las ha arrojado como una tea en la batalla de su patria, en la agonía de su Italia: "Non veni pacem mittere sed gladium. Ignor veni mittere in terra". Voces que vienen de diferentes puntos del espíritu se encuentran sin buscarse, sin llamarse, combatiéndose, contrastándose.

Unamuno piensa, como es lógico, que "hay que definir al cristianismo agónicamente, polémicamente, en función de lucha". (Así es, sin duda, como hay que definir no solo al cristianismo sino toda religión, todo evangelio). "El cristianismo, la cristiandad — escribe Unamuno — desde que nació en San Pablo, no fué una doctrina aunque se expresase dialécticamente; fué vida, lucha, agonía. La doctrina era el Evangelio, la Buena Nueva. El cristianismo, la cristiandad, fué una preparación a la muerte y a la resurrección, a la vida eterna". Y, más adelante, agrega: "San Pablo, el judío fariseo espiritualista, buscó la resurrección de la carne en Cristo, la buscó en la inmortalidad del alma cristiana, de la historia". Y Unamuno, en este punto, nos advierte que por histórico no entiende lo real sino lo ideal.

Explicándonos su pensamiento sobre la historia que, "de otra parte, es realidad, tanto o más que la naturaleza", Unamuno cae en una interpretación equivocada del marxismo. "Las doctrinas personales de Karl Marx — escribe, el judío saduceo que creía que las cosas hacen a los hombres, han producido cosas. Entre otras, la actual revolución rusa. Lenin estaba mucho más cerca de la realidad histórica cuando, al observársele que se alejaba de la realidad replicó: "¡Tanto peor para la realidad!" Este mismo concepto sobre Marx había aflorado ya en otros escritos del autor de "La Agonía del Cristianismo". Pero con menos precisión. En este nuevo libro rea-

"LA ENCICLOPEDIA"

Librería y Centro de Suscripciones

— DE —

J. IGLESIAS & Co.

Veracruz 255—Teléfono 4147=Apartado 663



Antiguos Agentes de la renombrada
ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ESPASA

Representantes Generales en el Perú de las siguientes publicaciones:

"ACTIVIDAD" Revista mensual Hispano—Americana de Técnica Mercantil y Cultura General.

Precio de suscripción por un año:

En Lima	Lp. 0.3.00
En Provincias	0.4.00

"EL PROGRESO FOTOGRÁFICO" Revista mensual ilustrada de Fotografía y Cinematografía

Precio de suscripción por un año:

En Lima	Lp. 0.6.00
En Provincias	0.7.00

Tienen constantemente en-venta obras de: Agricultura, Enseñanza, Historia, Industrias, Jurisprudencia, Medicina, Militar Naval, Novelas, Poesías, Religión, Teatro, Teosofía etc. etc.

Reciben así mismo suscripciones a toda clase de revistas, periódicos ilustrados y de modas.

Concesionarios para la venta de las tintas *TITAN* Azul-negra, violeta y roja y tintas para sellos de jebe y metal de varios colores.

parece en dos pasajes. Por consiguiente, urge contestarlo y debatirlo.

La vehemencia polémica lleva aquí a Unamuno a una aserción arbitraria y excesiva. No; no es cierto que Karl Marx creyese que las cosas hacen a los hombres. Unamuno conoce mal el marxismo. La verdadera imagen de Marx no es la del monótono materialista que nos presentan generalmente sus discípulos. A Marx hace falta estudiarlo en Marx mismo. Las exégesis son generalmente falaces. Son exégesis de la letra, no del espíritu. ¿Y no es acaso Unamuno el más celoso en prevenirnos, a propósito del cristianismo, contra la inanidad y contra la falacia de la letra? En su libro, uno de los mejores capítulos es tal vez el que habla del verbo y la letra. "En San Pablo — dice Unamuno — el Verbo se hace letra, el Evangelio deviene libro, deviene Biblia. Y el protestantismo comienza, la tiranía de la letra". "La letra — agrega luego — es muerte; en la letra no se puede buscar la vida". Marx no está presente, en espíritu, en todos sus supuestos discípulos y herederos. Los que lo han continuado no han sido los pedantes profesores tudescos, exégetas ortodoxos de la teoría de la plusvalía, incapaces de agregar nada a la doctrina, dedicados solo a limitarla, a estereotiparla; han sido, más bien, los revolucionarios, tachados de herejía, como George Sorel — otro agonizante diría Unamuno — que han osado enriquecer y desarrollar las consecuencias de la idea marxista. El "materialismo histórico" es mucho menos materialista de lo que comúnmente se piensa. Un filósofo liberal, un filósofo idealista, Benedetto Croce, le hace a este respecto plena justicia. "Es evidente — escribe Croce — que la idealidad o el absolutismo de la moral, en el sentido flosófico de tales palabras, es premisa necesaria del socialismo. El interés que nos mueve a construir un concepto de la plusvalía, ¿no es acaso un interés moral o social, como se quiera llamarlo? En pura economía, ¿se puede hablar de plusvalía? ¿No vende el proletario su fuerza de trabajo propia por lo que vale, dada su situación en la presente sociedad? Y, sin esta premisa moral, ¿cómo se explicaría, junto con la acción política de Marx, el tono de violenta indignación y de sátira amarga que se advierte en cada página del Capital?" Y Adriano Tilgher, que prolonga una traducción de Unamuno al italiano — "La Sfinge senza Edipo" — en sus ensayos críticos de marxismo y socialismo dice: "Marx no es un puro economista, ni un puro sociólogo, ni un puro historicista: él no se contenta simplemente con describir la realidad social como era en sus tiempos y con extraer de la observación del presente las leyes empíricas de sus transformaciones por venir; él es esencialmente un revolucionario, cuya mirada está obstinadamente fija en lo que debe ser".

Yo estoy seguro de que si Unamuno medita más hondamente en Marx descubrirá en el creador del materialismo histórico no un judío saduceo, materialista, sino, más bien, como en Dostoyevsky, un cristiano, un alma agónica, un espíritu polémico. Y que quizás le dará razón a Vasconcelos cuando éste afirma que el atormentado Marx está más cerca de Cristo que el doctor de Aquino.

En este libro, como en todos los suyos, Unamuno concibe la vida como lucha, como combate, como agonía. Esta concepción de la vida, que contiene más espíritu revolucionario que muchas toneladas de literatura sedicentemente socialista, nos hará siempre amar al maestro de Salamanca. "Yo siento — escribe Unamuno — a la vez la política elevada a la altura de la religión y la religión elevada a la altura de la política". Con la misma pasión hablan y sienten los marxistas, los revolucionarios. Aquellos en quienes el marxismo es espíritu, es verbo. Aquellos en quienes el marxismo es lucha, es agonía.

José Carlos MARIATEGUI.

ALCIDES SPELUCIN

"El Libro de la Nave Dorada"

Ediciones de "El Norte".
Trujillo 1926.

Alcides Spelucin, el buen hermano, el noble poeta nos dá su primer libro. Están en él entre otras las poesías que me leyó hace ocho años cuando nos conocimos en Lima en la redacción del diario donde yo trabajaba. Abraham Valdelomar medió fraternalmente en este encuentro después del cual Alcides y yo nos hemos reencontrado muy pocas veces, pero hemos estado cada día más próximos. Nuestros destinos tienen una esencial analogía dentro

de su disimilitud formal. Procedemos él y yo, más que de la misma generación, del mismo tiempo. Nacimos bajo idéntico signo. Demasiado tarde para pertenecer exclusivamente a la generación de Valdelomar: demasiado temprano para pertenecer totalmente a la de Haya de la Torre. Nos nutrimos en nuestra adolescencia literaria de las mismas cosas: decadentismo, modernismo, exotismo, individualismo, escepticismo. Coincidimos más tarde en el doloroso y angustiado trabajo de superar estas cosas y evadirnos de su mörbido ámbito. Partimos al extranjero en busca no del secreto de los otros sino en busca del secreto de nosotros mismos. Yo cuento mi viaje en un libro de política; Spelucin cuenta el suyo en un libro de poesías. Pero en esto no hay sino diferencia de apariencia o, si se quiere, de temperamento; no hay diferencia de perfección ni de espíritu. Los nos dos embarcamos en "la barca de oro en pos de una isla buena". Los dos en la procelosa aventura, hemos encontrado a Dios y hemos descubierto a la Humanidad. Alcides y yo puestos a elegir entre el pasado y el porvenir, hemos votado por el porvenir. Supérstites dispersos de una escaramuza literaria, nos sentimos hoy combatientes de una batalla histórica. No seríamos de ninguna generación, si la nueva, la actual, no nos hubiera adoptado.

Esta solidaridad espiritual, esta mancomunidad histórica me descalifica quizás, a juicio de algunos, para juzgar imparcialmente la poesía de Spelucin. Pero si la crítica imparcial, es la lejana, gélida y exterior de los que no aman una obra, no creo que valga absolutamente la pena que exista. Pienso con Antenor Orrego que solo quien ama es el que más entrañablemente comprende.

"El Libro de la Nave Dorada" es una estación del viaje del espíritu de Alcides Spelucin. Orrego advierte de esto al lector en el prefacio henchido de emoción, grávido de pensamiento, que ha escrito para este libro. "No representa — escribe — la actualidad estética del creador. Es un libro de la adolescencia, la labor poética primigenia, que apenas rompe el claustro de la anónima intimidad. El poeta ha recorrido desde entonces mucho camino ascendente y gozoso; también mucha senda dolorosa. El espíritu está hoy más granado, la visión más luminosa, el vehículo expresivo rico, más agilizado y más potente; el pensamiento más deslumbrado de sabiduría; más extenso de panorama; más valorizado por el acumulamiento de intuiciones; el corazón más religioso, más estremecido y más abierto hacia el mundo. Es preciso marcar esto para que el lector se dé cuenta de la pasmosa precocidad del poeta que cuando escribe este libro es casi un niño".

Como canción del mar, como balada del trópico, este libro es en la poesía de América algo así como una encantada prolongación de la "Sinfonía en Gris Mayor". La poesía de Alcides tiene en esta jornada ecos melodiosos de la música rubendariana. Se nota también su posterioridad a las adquisiciones hechas por la lírica hispano-americana en la obra de Herrera y Reissig. La huella del poeta uruguayo está espléndidamente viva en versos como éstos:

"Y ante un despertamiento planetario de nardos
bramando lilas tristes por la ruta de oriente
se van los vesperales, divinos leopardos".

("Caracol bermejo".)

Pero esta presencia de Herrera y Reissig y la del propio Rubén Darío no es sensible sino en la técnica, en la forma, en la estética. Spelucin tiene del decadentismo la expresión; pero no tiene el espíritu. Sus estados de alma no son nunca mörbidos. Una de las cosas que atraen en él es su salud cabal. Alcides ha absorbido muchos de los venenos de su época, pero su recia alma, un poco rústica en el fondo, se ha conservado pura y sana. Todo Alcides está en esta plegaria de ascendido lirismo:

No me darás la arcilla de la cantera rosa
donde labrar mi vaso para gustar Amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

Alcides se asemeja a Vallejo en la piedad humana, en la ternura humilde, en la efusión cordial. En una época que era aún de egolatismo exasperado y bizantinismo d'anzuzziano, la poesía de Alcides tiene un perfume de parábola franciscana. Su alma se caracteriza por un cristianismo espontáneo y sustancial. Su acento parece ser siempre el de su otra plegaria con sabor de espiga y de angelus como algunos versos de Francis James;

"Por esta dulce hermana menor de ojos tan suaves".

Esta caridad, esta inocencia de Alcides son perceptibles hasta en esas "aguas fuertes" de estirpe un poco baudeleriana, que asumiendo íntegra la responsabilidad de su poesía de juventud, ha incluido en "El Libro de la Nave Dorada". Y son tal vez la raíz de su socialismo que es un acto de amor más que de protesta.

José CARLOS MARIATEGUI.

MARIANO IBERICO RODRIGUEZ

"El Nuevo Absoluto"

Editorial Minerva.—Lima 1926.

Un pensados que vive una enorme dualidad, que canta su día intenso entre el mundo real y un mundo esperado, y por esperado vivido. Su espíritu traza un ala vibrante en la dirección del sol mientras lleva a cuestas la oscura masa de la filosofía preceptiva.

Para el mundo la universidad; para el espíritu la vida. El vive su vida sobre el escarpado del mundo. Su viaje se realiza en la tercera dimensión: hacia algún dios.

Así su nave está siempre unida a la playa, pero..... con un cordón infinito. Si el hacha de carta blanca, el hacha de los exploradores, cortara aquel hilo, sería el poeta entre los poetas auténticos.

Vemos entre la luz de este libro que el paisaje espiritual de Ibérico Rodríguez va desde el tremoroso místico de los "Pensées" hasta la profunda frivolidad de Chesterton y Jules de Gaultier "El nuevo absoluto" es un libro piadoso pero fuerte en su aristocrática piedad. Piadoso por la enorme simpatía hacia la vida que lo inunda y fuerte porque el acero indeleble del optimismo va atravesando gentil, página tras página. "El nuevo absoluto" es una aleluya! El trofeo romántico que guardamos a pesar de nosotros mismos en la nave más interior de nuestro múltiple templo.

Lanzamos el pensamiento de aventura por las ásperas montañas de la imaginación, de cristal en cristal, de lineaje en lineaje, y cuando al fin hunde su bordón de Manco para fundar la ciudad nueva del sentido de la vida, nos duele la brecha inesperada porque sentimos al mundo como nuestro propio corazón.

Todos los que han afrontado el áspero castigo de la existencia sienten que en el fondo, bajo las más bellas creaciones mentales, la sangre romántica mana y mana como la roca bíblica el sustento del pueblo doloroso.

El sentimiento de misterio que nos dan las cosas cuando al desbarrancarse de la humanidad rebotan en nuestro pecho gigante es un sentimiento fatal, y, como lo dice Ibérico Rodríguez en su libro "existirá mientras exista el espíritu humano, mientras la tranquilidad de los hombres sea turbada por el enigma de su destino y de su origen, mientras exista el dolor en el fondo del alma y ante ese dolor el alma sienta el indestructible anhelo de vencerlo y dominarlo".

Toda la juventud moderna del arte y la literatura lucha contra la fatalidad romántica. Todos nos esforzamos por edificar el mundo y la belleza con la imaginación; "cristalizar formas en la Nada, disolver gránulos luminosos en el Todo".

Pero en esta lucha no sucede el expresivo cuento de Chesterton: nosotros al alejarnos de las costas de Inglaterra no volvemos a caer a ciegas en ella; caemos en una Nueva Inglaterra, hacemos revoluciones románticas.

Todos los ensayos del libro de Ibérico Rodríguez están referidos a un inquieto y cordial sentimiento humano. A Chesterton lo estudia por el lado religioso; al absoluto le da un devenir ante la vida que le hace relativo; el análisis de la estética de Witaseck termina con esta acertada recomendación contra el campo puramente psicológico tan de moda y tan estéril en todas las universidades del mundo: "Creemos que la cuestión estética, como todas las grandes cuestiones humanas, es eminentemente metafísica y que por lo tanto mantenerse dentro de una especulación estrictamente psicológica es recortar arbitrariamente el material de estudio. Hay que penetrar ese material con una intuición profunda, con una preocupación esencial, sea cual fuere el estado de la experiencia científica".

La inclinación filosófica de Ibérico Rodríguez revelada en tantos estudios esparcidos aparece ahora en este libro definida y transparente. "El nuevo absoluto" reúne gran parte del esfuerzo más puro y desinteresado que haya hecho el pensamiento peruviano en los años presentes.

Del naufragio espiritual a que con tanta frecuencia conduce la cátedra universitaria el doctor Ibérico Rodríguez realiza día a día, y bellamente, su salvación. En el drama cotidiano de liberarse el hecho de triunfar es lo que da a sus páginas esa inquietud alegre, insustituible.

La editorial "Minerva" hace con este libro una nueva y valiosa demostración de su capacidad y de su anhelo en favor de la buena producción intelectual en el Perú.

Ramiro PEREZ REINOSO.

ALEJANDRO PERALTA

"Ande"

Editorial Titicaca.

Puno 1926.

Alejandro Peralta es un lírico que tiene sensibilidad de siglo XX. Al decir lírico, digo poeta. La otra poesía está fuera de mi comprensión porque nunca llegó a conmoverme ni a entusiasmarme. La misma "Marcha Triunfal" de Rubén Darío, el mejor poema épico escrito en castellano me envuelve siempre que lo leo en una sensación de musicalidad que nunca logra filtrarse en mi interior para encender la flama de la emoción, como lo hace aquel nocturno de gritos amargos y luces divinas: "Quiero expresar mi angustia en versos que abolida dirán mi juventud de rosas y de ensueños"..... etc.

Cuando leí el libro de Peralta se hizo una fiesta multicolora y polifona en los líricos campos de mi alegría. Oí su voz, dulcemente dolorosa acompañada de otras voces para mí también queridas: la de Vallejo, a veces también la de Girondo, afinada y embellecida.

Comprendí desde el principio que Peralta sabe crear lo impredecible. Sus imágenes palpitán y aletean con la vida y el calor de la emoción verdadera. Se observa inmediatamente que ha sabido ver bien lo que ha vivido. Cuando habla del lago Titicaca, es porque sus ojos se han extasiado ya ante la espiral infinita del mar. Cuando habla de las gaviotas es por que ha visto los escotados senos y los cuerpos apenas cubiertos por sedas transparentes y las faces con bocas sangrientas de las bataclanas.

A veces por la persistencia de imágenes anteriores, sus poemas se resienten de la maestría con que fueron principiados; sus ojos acostumbrados a ver a la Antuca por los desfiladeros y acaso también en las iglesias aldeanas no han podido olvidar las visiones de la blanca comunión, y ante el asombro de la playa ruidosa y espumante: las gaviotas son bataclanas, lo cual está muy bien dicho, más no cuando las hace comulgar con hostias de agua, pues se constata que la observación sicológica no llega a redondearse.

En cambio, en otros poemas suyos, las imágenes se enlazan armónicamente para dar un conjunto perfecto de la observación o de la emoción que quiere dar. En "El Índio Antonio", la emoción no flaquea en ningún instante, las imágenes acertadas se buscan unas a otras y se compenetran fuertemente en la desesperación del motivo.

El habla triturada, los ojos como candelas, la quemazón de las palabras, la crepitación de los dientes, anuncian muy bien la escena pavorosa: La Francisca para morir se retorció como un resorte; el granizo apedreaba la puna, y la vela de sebo corría a gritos por el cuarto.

En las últimas notas del poema, adquiere su grito un timbre áspero y escalofriante: "De las cuevas de los cerros", los indios sacarán rugidos como culebras para amarrar a la muerta, y las candelas que ardían en los ojos del indio Antonio, serán en la noche con el alcohol ardiente, tras de las pircas, fogatas de alardos. El miedo que infunde el cuadro macabro, hará que la noche como otra pesada angustia, a rastras sobre las pajas, ronde el caserío.

En otros de sus poemas. En "Cristales del Ande", por ejemplo la palabra se hace paleta milagrosa de un pintor genial. Al fondo hay una nota inefable de frescura: "El pañuelo de la mañana, limpia los ojos de los viajeros". Hay dibujos admirables: "Por la acuarela del camino, caminan los asnos chambelanes y las llamas infantes y los caballos andinistas". Sigue con toda destreza empleando el color y la línea: El Titicaca, emperador en los hombres su peplum de alas prusia". Y al fin, el Sol se desmenuza como un desbande de canarios.....

Apologías de las Religiones

TRADUCIDAS DEL ITALIANO

APOLOGIA DEL BUDISMO
por Carlos Formichi

APOLOGIA DEL CATOLICISMO
por Ernesto Buonaiuti

APOLOGIA DEL HEBRAISMO
por Dante Lattes

APOLOGIA DEL PAGANISMO
por G. Costa

APOLOGIA DEL PROTESTANTISMO
por Ugo Fanni

APOLOGIA DEL TACISMO
por G. Tucci

Precio: cada tomo S. 1.80

La serie de seis tomos S. 10

Los seis, por correo, certificado:
S. 10.50

LIBRERIA E IMPRENTA "EL INCA"

PLAZA SAN MARTIN
LIMA

Peralta podría clasificarse por el procedimiento entre los dadaístas en muchas de sus metáforas, pero es más todavía. Le falta un poco de la ironía de los dadaístas. En cambio su lirismo puro, le da expresiones de intuición aguda y luminosa.

Armando BAZAN.

HONORIO DELGADO

Sigmund Freud.

Lima 1926.

Extraordinario talento y modestia extraordinaria—difícil cosa!— las de este joven de treinta y tantos años que ha llevado el nombre del Perú más allá de todas las fronteras. Ardua hazaña la de salir de la pecera donde nos ahogan tantos nimios coletazos. En este libro sobre Freud y en todos los suyos, venidos a mí con dedicatorias que me enorgullecen, Honorio Delgado expone con criterio certero y estilo limpio y escueto los grandes problemas de la moderna siquiatría, aportando observaciones originales, datos nuevos, teorías valiosísimas. Como no soy científico no me quiero exponer a que alguien diga en mis orejas de asno entrometido: "zapatero a tus zapatos!" Sólo sí, quiero dejar dicha mi admiración absoluta por el gran talento y el gran corazón de este hombre sencillo que con Hermilio Valdizán son los dos más altos prestigios americanos de la moderna siquiatría.

Alberto GUILLEN.

TOPICOS DE LA NUEVA UNIVERSIDAD

LOS SEMINARIOS

Lima, 3 de Julio de 1926.

Señor Director de "Libros y Revistas".

Lima.

Muy estimado señor:

En el número de su interesante revista correspondiente a los meses de marzo y abril del presente año, que he encontrado en mi

mesa de trabajo, de vuelta del extranjero, se publica un estudio sobre "LOS SEMINARIOS" debido a la pluma del señor Modesto Villavicencio, en el cual se hacen apreciaciones muy juiciosas sobre los Seminarios y sus beneficios para la enseñanza universitaria.

Como seguramente la falta de información en que muy a menudo se hallan aquí los escritores sobre cuanto se realiza entre nosotros mismos — laguna informativa que precisamente tiende a salvar la revista que usted dirige — no ha permitido al autor del trabajo mencionado conocer el funcionamiento del Seminario de Higiene de la Universidad de Lima, establecido desde 1924, envío a usted para que me haga el favor de hacerlo llegar a manos del señor Villavicencio, el adjunto folleto que contiene los trabajos de investigación efectuados por los alumnos del curso de Higiene durante el expresado año. Y oportunamente le enviaré, asimismo, el volumen que aparecerá dentro de poco conteniendo las originalísimas investigaciones efectuadas durante el año 1925 sobre "EL MISTERIO DEMOGRÁFICO EN EL PERU".

Estas líneas tienden únicamente a poner de manifiesto una labor que parece nadie ha querido apreciar todavía entre nosotros, no obstante de que numerosos juicios extranjeros aparecidos en diversas revistas americanas y firmados por conocidos publicistas, nos han revelado que nuestra modesta iniciativa ha merecido en otros centros científicos conocimiento y aplauso.

Con sentimientos de honda consideración personal y con mi sincero voto por el éxito de su apreciable revista me suscribo de usted atentamente.

Carlos Enrique Paz Soldán.
Profesor de Higiene de la Facultad de Medicina de la Universidad de Lima.

EL LIBRO DE LA NAVE DORADA

Viene de la 3a. página

tica todavía, pero que ha comenzado a organizar su verbo para el grito de la revelación.

EL TROPICO Y EL MAR COMO AMBIENTES POÉTICOS LUZ, COLOR, MUSICA

El gran protagonista de esta poesía es el mar; el mar tropical, ardiente, luminoso y alucinado. Mejor dicho, el mar es la metaforización de este lirismo, deslumbrante como un saetazo de luz. En él encuentra el símil, la metáfora, la imagen y la objetivación de su estremecimiento interior y efusivo. Es el espejo y el vehículo plasmable de su fervor estético.

No conozco una idealización más rica del mar que la de este libro. El mar es y ha sido siempre el ambiente natural más parco y monótono para la imagen y la metáfora. Ha sido la materia poética de composiciones aisladas y sueltas pero rara vez el personaje central de toda una obra poética tan bien organizada, trabada y rica como ésta. Es preciso verla realizada para convencerse y comprender una vez más, que la sensibilidad del artista lo es todo. En este aspecto Spelucín no tiene par en América.

El poeta nace a la emoción marina. Cuando sus pupilas rompen la tiniebla del seno materno, al clarear de la primera aurora, lo primero que percibe es el estuario infinito de su libro. La inmensa llanura misteriosa de rutas innumerables, donde se abrazan todas las culturas, todas las civilizaciones y los hombres de todas las razas hacen un llamado irrevocable a sus pasos viajeros. Su alma niña, a la luz recién nacida de los cielos remotos, a los feéricos crepúsculos del Oriente, siente la atracción perentoria, la saudade magnética y fascinante de comarcas ignotas, de urbes trepidantes y radiosas, de cálidas bahías de ensueño. Quiere hollar los lomos turgentes de todas las ondas que se abren a sus pies y que traen el ritmo de azules y encantados parajes. ¡El mar, siempre el mar, el mar dilectísimo que acuna melodiosamente al mundo, con su eterna romanza!

Una y otra vez la riqueza emotiva del artista siempre encuentra motivos para animar y humanizar el camino de todos los caminos. Esta emoción marina, esta viajera pertinaz arma su aduar de ensueño en las playas más inhóspitas y desnudas. El poeta también, como toda la cohorte de romeros celestes, quiere nombrar con su verbo a esta esfinge móvil y melodiosa que nada articula. Enhista su gonfalon lírico y despliega sus nervios para modular el grito musical que se cuaja desde toda eternidad en esas entrañas brunas de piel verdeazulada. Los barcos no solamente han de ser vehículos de mercados y de codicias; lo son, también, de cantos, de lágrimas, de ternuras, de pensamientos y de melancolías.

Oigamos al poeta:

Fletados de crepúsculo, de los muelles de Oriente
zarpan a la hora sexta muchos barcos divinos.....
se van en teoría, meditativamente,
como un exodo blanco de pájaros marinos.

(Los Barcos de la Tardé).

Los ojos que han mirado sus siluetas de oro;
las alas que han seguido de cerca sus cordajes;
las canciones sonámbulas que cantaran en coro
las líricas sirenas, compañeras de viajes;

(Los Barcos de la Tardé).

Era un coro fantástico de fantásticas violas
junto al peñón que hacía de quimérico atril.

(La Barca Rosa).

La barca pescadora, en un gran gesto alado,
bate sus lonas claras a la tarde sanguínea,
rumba quilla al poniente y a toda ventolina
se pierde con su viejo marinero tatuado.

(En Púrpura).

Medio deshecha, con su enorme boquete en el costado,
francamente es triste condición esa de la "Musardina";
tirada allá, tan lejos, a toda ventolina,
como un pájaro herido al que nadie ha curado.

(Elegía de la "Musardina".)

En la lírica hispanoamericana constituye la poesía de Spelucín una nota característica y típica, por su fuerza creadora, por su vuelo emocional y efusivo, por su miraje nuevo y auténticamente original de las cosas. En medio del nutrido y gárrulo corro que se alza de la retórica vaciedad sudamericana, esta voz nos revela la América nueva.

Esta deslumbrante sensibilidad pictórica transmuta el color y la luz en emoción estética. Luz y color inconfundiblemente tropicales. Verbo radioso que está anegado en el torrente de claridades cenitales que se proyectan del límpido cielo. El poeta no sólo expresa el color objetivo, no sólo trasporta la realidad inmediata y táctil, no sólo lo incrusta, fotográficamente, en el verso, sino que lo piensa y lo permeabiliza en el espíritu; lo siente como estados de conciencia, como acendrada entraña de su sensibilidad. ¡Pensar el color, he aquí lo que le diferencia de tanto rimador superficial y descriptivo!

En Chocano el trópico se encuentra únicamente como alegoría, como enunciación verbal y epidérmica. En Spelucín se halla transfundido y simbolizado. Se diría, para emplear un símil fisiológico, que está "digerido".

Es preciso insistir, sobre todo, en el significado de esta última palabra, porque es la que revela el efectivo y sutil americanismo del poeta. Como lo dije al hablar de la obra de Vallejo, nuestro americanismo ha sido antes externo, decorativo, de un sobrehaz vulgar y adocenado, y, a veces, puramente convencional, falso y de artificio oropelesco. Exotismo trashumante y de Baedeker que se importaba a Europa para divertir a la estética bobería cosmopolita, para despertar como aderezo o salpimenta literaria, el gusto estragado y fatigado del estetismo europeo. Para ese gusto depravado que no percibe ya la armonía estética organizada, sino que se complace con lo monstruoso que es lo único capaz de sacudirle el nervio átono y tórpido. Americanismo decorativo y gesticulante de Niágaras, Amazonas, Cotopaxi, tangos, rumbas y selvas impenetrables y bravías, tan lejos del grito entrañado, de la articulación estética de una raza que tiene una emoción de la vida y una visión original del Universo. Americanismo de tramoya escénica del cual se había escamoteado al Espíritu, al hombre americano. Literatismo fácil de escaparate, de exhibición, y de feria.

El americanismo del poeta es otro; es el auténtico y puro en que canta y se expresa la criatura humana. Es el trasunto de una música nueva; el ritmo revelatriz de una pulsación cósmica. Viene a expresar el misterio anímico de nuestra raza hasta hace poco completamente hermético e inarticulado para el mundo. Hay en su entraña un pasmo religioso y sobrecojido, un estupor juvenil y viril ante la maravilla cósmica.

LA TECNICA, EL LENGUAJE Y EL ESTILO

En el Perú hay un fenómeno singular que revela la miseria intelectual y espiritual en que vejeta. Cuando la obra literaria o artística sale a las manos del público, con respecto a la actualidad del creador, es ya caduca y envejecida. No hay empresas editoriales que paguen el libro o que siquiera lo editen facilitando su difusión, ni público con la suficiente curiosidad para interesarse por la producción intelectual. El autor se ve en el caso de pagar para que se le lea. El ejercicio intelectual es, como en ningún otro país, heroico.

Esto mismo ocurre con nuestro poeta. Este libro que debió salir hace seis o siete años, sólo puede hacerlo ahora. No representa, pues, con mucho, la actualidad estética del creador. Es un libro de la adolescencia, la labor poética primigenia, que apenas rompe el claustro de la anónima intimidad. El poeta ha recorrido desde entonces mucho camino ascendente y gozoso; también mucha senda dolorosa. El espíritu está hoy más granado, la visión más luminosa, el vehículo expresivo más rico, más agilizado y más potente; el pensamiento más deslumbrado de sabiduría, más extenso de panorama, más valorizado por el acumulamiento de intuiciones; el corazón más religioso, más estremecido y más abierto hacia el mundo. Es preciso marcar ésto para que el lector se dé cuenta cabal de la pasmosa precocidad del poeta que cuando escribe este libro es casi un niño.

Caso singular en que no se percibe el jadeo angustiante para apoderarse de su instrumento expresivo. Desde los primeros versos se advierte una maestría, una fácil elegancia, un don verbal tan extraordinario que el lector tiene la impresión, de que el poeta nace dueño de todos los secretos de la versificación. No se comprende cómo ni cuándo se ha cumplido esta tarea previa que es la primera barrera que el catecúmeno encuentra a su paso. Y no se crea que se trata de una habilidad técnica vulgar. Es la expresión limpida, original, y henchida de donaire, que de los mismos defectos que señala la preceptiva clásica suele sacar partido para la belleza del verso. Ved, por ejemplo, esta maravillosa cacofonía:

Campo "rosa" es su fina basquiña,
"rosa rosa el rosal" de sus pies.
que rivaliza con las mejores de Darío y que imprime a la expresión una melodía llena de gracia. Sería cosa de nunca acabar si fuese a señalar las menudas bellezas de este verso tan rico y tan vigoroso. Tomemos al acaso algunas.

He aquí un grito deslumbrado ante el encuentro del Amor:

¡Yo me quedé suspenso junto al azul marino!
El corazón vigía, musitó: ¡Esta es!
Animaba sus velas un hálito divino
y una Victoria trunca decoraba el bauprés.

Era la ignota barca soñada o presentida;
la taumaturga barca que nos arma el Amor,
y llega a nuestras playas una vez en la vida,
con sus vinos celestes y su vago temblor.

La leticia augural de la esperanza ilusionada rara vez se expresó con tanto acierto, con una música interior tan original, tan personal y tan inédita como ésta:

¿Recuerdas?.....
¡Qué guapa la barca!
La llevó enlazada
una brisa parca
de la madrugada.
Y sus tripulantes,
recios,
petulantes,
decían: Nos vamos, nos vamos a la Isla Dorada!

Vocablo que se prende directamente a las cosas, vocablo recién nacido, como si acabara de brotar del labio del hombre y que nos recuerda el imperio "reissigniano" sobre el verbo:

Pasa un viejo rugoso: su cachimba humeante
donde el incienso grato de un buen "capstam" crepita,
va sahumando nostalgias de Ultramar o de Atlante
a la mañana blanca como una margarita!

Imágenes fuertes, palpitantes y audaces:

Hasta que ya muy tarde desplegué la cortina,
y nada..... ¡Sólo afuera, lejos de mi vitrina,
la Luna iba rondando como una hambrienta loba!

O esta otra:

Mi espíritu, en la noche, como un hambriento can,
deambula, corre, ladra y escruta las alturas,
en busca de la Luna, su cotidiano pan.

Expresiones de una potente sugerencia gráfica, como aquella impresión de la noche que finaliza en estos dos tercetos:

Las brujas, entre el marco de este lienzo diabólico,
cabalgan en las aspas de "un molino simbólico
moledor de tinieblas en la noche del trópico",

y en alucinante parpadeo orquestónico,
el recio puente llora un viejo mal armónico
con su mediojo insomne, entristecido, hidrópico.

Y como contraste, esta otra, luminosa cual llama fulgurante
que se clava a las pupilas ávidas de luz:

La campiña, en la clara mañana aurisolada,
parece una esmeralda en cárcel de oro fino.

¡Oh, magna epifanía! ¡La Tierra está enjoyada!
¡La mañana es la fiesta polícroma del trino!

Esta consumada habilidad verbal se patentiza desde las primeras páginas. Su inmenso registro lírico no cae jamás en la monotonía. En sus senos se orquestan las mas variadas modulaciones y con frecuencia nos sorprende con melodías tan recónditas y nuevas que son una fiesta para el oído y para el espíritu. Fiesta musical de cámara cuyas más sutiles delicadezas no llegan sino a los oídos de los iniciados y de los escogidos. Sencillez elegante y reacia que brota espontánea y libre y que corre como un arroyuelo

lumínico. A parte de la emoción profunda que suscita, hay un placer casi físico al leer estos versos que se entregan con tanta desnudez a nuestro corazón y a nuestros labios. Cuando se lee la última página, surge una secreta pena ante el acabamiento de algo que creímos inextinguible en nuestro deslumbramiento estético.

Esta poesía es tan magnética que se pega contumaz a los oídos y es frecuente sorprender la imitación deliberada o indeliberada en muchas obras poéticas de la última generación. Claro que son ecos no más de la fuente musical, pero reveladores de la influencia directa y poderosa que ejerce el poeta.

Pero este libro no registra la ingente complejidad espiritual del creador. Individualidad caleidoscópica que refleja la múltiple maravilla del Universo. Apenas las últimas composiciones finales servirán al lector como leve indicio del súbito vuelo metafísico que correrá la unción lírica de mañana.

Antes de llegar a término es preciso destacar ante la atención del público: "Elegía de la Musardina", "Baltic Bac", "Viñeta Antigua", "El Mito Cotidiano", "El Cristo de la Sonrisa", "La Danza en La Mayor", y este magnífico grito amoroso que no resistimos a la tentación de transcribirlo entero:

No me darás la arcilla de la cantera rosa
dónde labrar mi vaso para gustar Amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
dónde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

Mi vida es un estanque de agua bituminosa!
¡Lanza en él una estrella de ternura y de albor,
y en el plinto de mi alma, pon un mármol de diosa,
aunque sea truncado, como Venus, Señor!

Por los líricos ritos, por vésperos y auroras,
por la lepra de luna que cilicia mis horas,
heme triste, heme bueno, heme humilde, Señor!.....

Apto estoy para ungirme con tus celestes dones;
pero, si voy enfermo, sangrante de canciones,
con mi lepra de luna..... ¿quién me querrá, Señor?

Antenor ORREGO.

Trujillo, abril de 1926.

CONSULTE AL

**BANCO ALEMAN
TRANSATLANTICO**

para cualquier operación bancaria grande o pequeña

Calle de la Coca

TELÉFONO GENERAL N°. 4550